

Víctor Ruiz Iriarte

Champagne

Es peregrino el afán de ciertos escritores. Unos en su empeño de originalidad, pugnan por crearse unas normas que a ellos mismos les resultan vacuas e intolerables. Otros, en su afán de clasicismo, se agarran desesperadamente, como náufragos en peligro, al «estilo de los demás». Y los demás suelen ser: Cervantes, Quevedo, Horacio, Pascal y algún otro de la galería de los gloriosos. Por tanto, no puede chocarnos cuando algún literato pseudovanguardista nos recuerda los rumbos y los giros de un Saavedra Fajardo; porque otros alardean de respeto a los clásicos y resultan un mal retrato del Manco de Lepanto. Claro es que «nunca segundas partes fueron buenas». Ya dijo algún autor moderno: «Los imitadores no cogen más que los defectos de los imitados». Y nosotros pensamos por nuestra cuenta que es más difícil aprender de otro que crear por sí mismo. Porque la obra de un hombre, en su totalidad, no la comprende nadie sino él. Los demás –críticos, público– alardean de un conocimiento de lo que algunos crearon, que a veces raya en el irrespeto.

El escritor que piensa y razona, no escribe sino lo que crea su mente. Una idea propia cierra el paso como barrera infranqueable a cien pensamientos ajenos. Es más atrayente, más humano y más celebrado el artífice que crea, que el vaciador que reproduce. No puede ser en algunos la vanidad tan sugestionadora, para no recordar la frase de Arturo Schopenhauer: «Leer es pensar con el cerebro ajeno».

* * *

Cada día, en el lapso agónico de los años, un incidente, un caso, un hombre, basta para aliviar un poco la monotonía de la existencia. Y es como un oasis en que nos reponemos del aburrimiento pasado, y como un refuerzo para la inercia que nos queda que consumir. Es como un alto en el camino para los espíritus fantásticos y soñadores; aquellos que en lugar de vivir, hacen de sus vidas una semblanza de la mejor novela que leyeron, y que piensan que las novelas son vida y la vida es copia de las novelas.

Don Jacinto Benavente creó «El príncipe que todo lo aprendió en los libros».

Don Honorio Maura escribió «El príncipe que todo lo aprendió en la vida».

Y he aquí que brota en el mundo un ex príncipe en la barahúnda de destronados huéspedes de París; no tan ingenuo como el héroe benaventiano y sí algo semejante al protagonista de Honorio Maura.

Se ha casado el ex-príncipe de Asturias. A nosotros, hombres republicanos, el hecho material de su boda y su renuncia nos causa el mismo efecto que los fracasos de Pola Negri y las toninadas de Mauricio Chevalier. Pero todo en la vida no es material. También tiene arraigo en nuestra intimidad el romanticismo y la poesía. Y de todo ello sacamos en consecuencia que el vivir es el contraste entre ideas y sentimientos. Por esto no podemos dejar de repasar «in mente» la curiosa novela viviente de esa muchachita cubana que ha realizado el sueño de tantas cabecitas soñadoras del siglo XIX en la frontera de los veinte años: un príncipe, que llega con su aureola de amor y con un tesoro de ternura y de cariño...

Lo mismo que un cuento de Grimm o en un pasaje de Andersen. Como en un relato de «Las mil y una noches»... Aunque esta vez la mágica lámpara de Aladino no luzca con todo su fantástico esplendor, y no sea un príncipe efectivo sino un hombre vulgar que en tiempos fue sucesor al trono de un pueblo que hoy gusta de gobernarse en republicano...

Pero la Humanidad vive de quimera, y ciertamente, que los únicos momentos felices son aquellos, ¡tan breves!, en que dejamos volar nuestra fantasía al paraíso de los ensueños.

¿Por qué esta señorita cubana no ha de sentirse dichosa soñando que es princesa?

El equívoco es la norma fundamental de los que vivimos. Es por eso por lo que la vida es un enigma para nosotros.

* * *

Es una muchacha madrileña, en el mundo flotante de los quince años. Vocea la venta de unos billetes de Lotería, con el ardor del que espera de su venta el sustento para el mañana. Su indumento y su rostro enflaquecido son la prueba irrecusable de que su trabajo en la calle es necesario para su vida en el hogar. Vagabundea por esquinas y por terrazas de café. Su comercio es ambulante e incierto, como la suerte problemática que expende en las cifras borrosas de los décimos. Su voz infantil se oye un poco apagada, empequeñecida ante la ruidosa sinfonía de Witeman [sic] que lanza al aire la orquesta de un café.

Se acerca un hombre.

Es un espléndido caballero. Su indumentaria es irreprochable. El tintineo metálico de unos duros vibra en su bolsillo y parece una melodía profana de bienaventuranzas materiales.

—¿Quiere un décimo, señorito? —dice, casi suplicante la chiquilla.

Él, con gesto decidido, escoge uno al azar.

—¡Coja usted otro! ¡Le va a tocar!...

—No.

El «no», suena un poco brusco, algo despectivo. Ella calla intimidada. Es la sensación que produce en la persona una negativa rotunda ante un ruego insinuante.

El caballero, para pagar el humilde precio del décimo, muestra en su mano toda la plata que había en su bolsillo, ante los ojos de la muchacha. Abona el importe, añade una propina y se aleja...

Ella le sigue con la vista largo rato. No trata de conservar en la retina su figura, ¡es uno más! Su obsesión son las monedas, que el paseó por sus ojos atónitos. Y el rostro de la chiquilla enrojece y en sus pupilas brilla una chispa de deseo y un destello de codicia...

Es el odio que se engendra en el deseo de lo que tienen los demás, y la codicia de tener lo que no se tiene.

¡Qué hermoso sería arrancar el odio de los de abajo, evitando el alarde de los de arriba!...

* * *

Contemplamos una fotografía, en la que aparece la atrayente silueta de la deliciosa y heroica rubia de «El expreso de Shangai», Marlene Dietrich. La foto tiene el mismo sabor exótico que imprimen a sus «poses» todas las grandes estrellas de la pantalla. Es una muestra más del vértigo extravagante que domina a aquellos que se dejan aprisionar por el diablillo orgulloso y fatuo de la popularidad. Por ella vemos que Marlene ha martirizado sus magníficas piernas de Venus estilizada a lo siglo XX con el atuendo impropio de unos magníficos pantalones masculinos. Es decir, que a algunas mujeres no les basta con la superioridad espiritual sobre nosotros, que siempre hemos conocido. Necesitan asemejarse la más posible al hombre. Y para ello copian hasta nuestras imperfectas vestiduras. Lo que hace pensar que es tanta nuestra superioridad que merece la pena en ellas el imitarnos y plagiarnos. Pero cuidado: nada hay que desmerezca tanto la propia personalidad como el más pequeño síntoma de envidia o nostalgia a lo que son los demás.

De todas formas, la Dietrich está encantadora; es una de tantas mujeres, que por más empeño que ponen en disimularlo, su mérito consiste en no saber el medio para dejar de serlo. Lo

lamentable es que en la fotografía a que aludo aparece a su lado la figura de su señor esposo. El contraste es un poco violento. La semblanza del marido está humillada, empequeñecida, insignificante..., ante el momento de triunfo que pregonan los ojos de Marlene. Viene a la memoria el protagonista aquel de «El marido de la Téllez», y piensa uno que a veces la excesiva vanidad de algunos trae el ridículo para los que les rodean..

* * *

¡Pasen, señoras y caballeros! ¡Nobles damas y aguerridos señores! ¡Poetas y literatos! ¡Gentes escépticas que añoráis la emoción como un sedante para vuestra inercia! ¡Vengan todos al país de Cervantes y de Lope! Acudid a la tierra de la «Carmen» de Próspero Merimée. Visitad la fantástica región de Crispín, Don Quijote y Sancho Panza. El país que cantó Rubén Darío e inmortalizaron Goya, Velázquez, Ribera y Van-Dyck. El pueblo que admira a Shakespeare y venera a Goethe. La patria de las gentes que lloran como hombres, por la nada, y ríen como chiquillos ante las tragedias...

Oíd todos mi grito de moderno Tartarín, y ¡pasen, pasen, señoras y caballeros!...

Tenemos de todo: maravillosos toreadores y mozos bravos de bulla y pendencia. Majas arrancadas de un cuadro de Goya o de una crónica castiza con su navaja en la liga y el embrujo seductor de unos ojos soñadores. Tenemos políticos que juegan a un deporte y deportistas que semejan políticos. Tenemos escritores que admiran los de fuera y desdeñamos los de dentro. Tenemos hombres que rasgan los aires, como su maestro Colón rompió las olas... Y tenemos más: tenemos hombres-vampiros que se beben la sangre de los inocentes, con el deleite brutal de cualquier bestia utópica o desconocida...

Todo eso tenemos, señores del extranjero: pero acordaos, si movidos por tanta maravilla, cruzáis nuestras fronteras; que lo mismo que para clasificar un carácter o catalogar a un hombre, hay que pensar mejor en su parte buena que en sus defectos instintivos, lo mismo para juzgar un pueblo hay que acordarse de los que lo glorifican, y despreciar con gesto cruel a los cerebros encenagados que discurren como animales y obran sin conciencia; que es un prurito infantil pretender ese desprestigio de todos por uno, cuando todos se avergüenzan de aquel y se mantienen en la ilusión de que el que deshonra no es, ni puede, ni debe ser: hijo de la misma madre-patria que los demás...

Pensad todos así, y

¡Pasen, hermosas señoras y nobles caballeros!